

hace más, y las lleva hasta el lugar y el edificio mismo donde reside su autoridad y tiene asiento su poder y les pone allí la alcoba y el lecho como si no quisiese que dudasen un momento de que *él es él*... cuando así procede, ese funcionario no puede pretender para sí esa distinción de *hombre privado y hombre público* que él desdeñó establecer para la ejecución de sus actos vergonzosos. Y quitada esa distinción ideal que sirve de razón para imponer silencio á la crítica histórica, queda el hombre entero sujeto á ella. Su vida privada se hace vida de plazuela llevada de boca en boca por Celestinas y mujerzuelas, y Olio, la gran musa, le toma por los cabellos... El historiador tiene sobre él y su vida privada los derechos de Tácito sobre la de los Tiberios y los Claudios. Con ese derecho ha podido definir la situación particular de Manuel Gonzalez frente al estado del país en el curso del año 84 como la de la más desenfrenada orgía frente á la más honda tristeza y postración.

bande de propia comparación de por sí... los días dió en su casa Ramón Fernandez. Hizo ajustado el primer millón de pesos... Vieron al terreno que diaban y le hallaron revuelto como si fuese el teatro mismo del cuadro marcado con las huellas estampadas de los caducos copias portoneadas cuyos originales reconocían en sus propios pies... y se encon-

CAPITULO VIII

DEL DELITO AL CRIMEN.

I.

"Recojámonos."

Avanzaba en tanto el triste año, y Manuel Gonzalez y su grupo de adláteres sintiéndose impelidos hácia su fin como al fin mismo de su dominación, se replegaron y concentraron; hubo en ellos ese súbito movimiento de reflexion en virtud del cual, el hombre lanzado por determinada vía, parece detenerse un momento, tiende la vista hácia el espacio recorrido y mide luego con ella el que le queda por recorrer. Vieron hácia atrás y sonrieron al espectáculo de la riqueza adquirida... A esa sonrisa retrospectiva hay que referir un

banquete de propia congratulacion que por aquellos dias dió en su casa Ramon Fernandez. Habia ajustado el *primer millon de pesos*. . . . Vieron al terreno que pisaban y le hallaron revuelto como si fuese el teatro mismo del saqueo, marcado con las huellas estampadas de los saqueadores, copias borroneadas cuyos originales reconocian en sus propios piés. . . . Vieron á sus lados, y se encontraron entre dos vacíos grandes como abismos; de una parte la suspension de las quincenas, de la otra la insolvencia de las cuantiosas subvenciones ferrocarrileras. . . . Vieron hácia adelante, y ellos, que no se habian espantado ante la realidad de un presente tan triste, temblaron ante el porvenir. . . . Habia que salir y dejar el puesto. Lo establecia el plazo cuatrienal, improrrogable escrito en la bandera de la revolucion porfirista, lo reclamaban los compromisos anexos al papel secundario de Manuel Gonzalez frente al jefe de esa revolucion, de quien le viniera el poder como un depósito *pro tempo* y lo exigia, por último, el sentimiento nacional cuyo estado de postracion y marasmo tenia un límite en la aspiracion enérgica y suprema de ver de una vez terminada, tan peligrosa parodia de

gobierno. Tener que salir, y salir así entre la bancarota y la pública rechifla, era salir para siempre, era la *partenza chenon a ritorno* de que habla el poeta italiano. La conciencia de su propio descrédito ante la nacion y ante el mismo partido revolucionario que los habia elevado, no les permitia ni soñar siquiera en una restauracion política obtenida en virtud de admision á un turno regular del poder con el tronco del partido dominante representado en la persona del General Diaz. Entónces, la figura de este hombre se combinó en el espanto de aquella gente con la idea fija del fin próximo. . . . *Porfirio Diaz que viene* es el Palacio que se pierde para nosotros, es el *Tesoro que se va*. . . . y nótese bien, de ahí en adelante, todo en política y administracion, todos los importantes hechos que cerrarán esta Historia, fueron como las consecuencias y manifestaciones de esos dos conceptos obrando como otros tantos móviles en los ánimos de Manuel Gonzalez y los suyos.

... gobierno...
 la banca...
 siempre...
 habla el poeta italiano...
 dio descrito ante la nación y ante el mismo par-

II.

Porfirio Diaz viene.

Habíase conservado el General Diaz desde su retirada al Gobierno local de Oaxaca en un retraimiento real ó perfectamente afectado de los negocios políticos del centro. Al principio, Manuel Gonzalez con sus directamente allegados afectó por su parte una deferencia tal hácia la persona del ex-presidente que misivas y comisionados partían constantemente del Palacio de México al de Oaxaca destinados á consultarle ó buscar su aprobacion en los asuntos graves. Poco á poco fué debilitándose en el grupo gonzalista esta actitud de complacencias hácia el jefe de la última revolucion. Se hizo como si se respetara su retraimiento, y no se le fué á turbar más con cuestiones y acertijos de política, imponiéndole el papel de *ninfa Egeria* del gonzalismo. . . . En el curso del cuatrienio fuese acentuando ese desvío hasta to-

mar en Manuel Gonzalez ciertas sombras y léjos de sorda rivalidad hácia su antecesor en la presidencia. Se creyó oírle pronunciar frases alarman-tes en que se sentia la expansion del sentimiento oculto. Aún en los diarios corrió el rumor de que Manuel Gonzalez habia declarado entre amigos que si "el general Diaz entraba de nuevo al poder, se lo deberia exclusivamente á él, tanto como él mismo se lo habia debido al general Diaz," y fuese ó no cierta la emision de tan altivo concepto, la realidad palpable fué que al aproximarse el período electoral de 1884 se vieron claramente plantearse los rudimentos de un cisma político. Saltó á la lucha de la prensa un pequeño órgano que proclamaba sin ambages la reeleccion de Manuel Gonzalez y rechazaba la de Porfirio Diaz bajo la especie de considerarle sometido con peligro del país á la influencia dominadora del yankee. Surgieron á la par algunos clubs dirigidos por polizontes y militares del depósito, y en ellos, desechándose ya la utopía de la reeleccion de Manuel Gonzalez se acarició el estupendo proyecto de la candidatura de Ramon Fernandez!!
 Era este hombre quien alentaba en el propio co-

razon y en el de Manuel Gonzalez ambiciones de perpetua dominacion que se estrellaron luego ante el sentimiento de la impotencia de arrastrar en pos de ellas ningun elemento apreciable de opinion pública y ningunos elementos oficiales bastantes á contrabalancear los que se inclinaban como á centro comun hácia la persona de Porfirio Diaz, favorecido tambien por la voluntad nacional en gracia de una ánsia de renovacion que aceptaba un cambio en cualquier sentido, aunque se verificase con los viejos elementos militares. . . . Viendo esto, y considerando que no era posible llegar al objeto deseado marchando hácia él de frente, se dispuso el grupo gonzalista á un ataque de astucia y tendió sus curvas y paralelas. Simuló dejar al general Diaz en tranquila posesion del campo electoral, reservándose obstruirle el paso á la presidencia. . . ¿por qué medios? . . . Ellos mismos no los determinaban. En su deseo por prolongar su dominacion se sentian resueltos á todo; pero sus ambiciones flotaban dispersas en la atmósfera. . . . Se necesitaba álguien que las condensara y les diese aplicacion, y se vió á Ramon Fernandez destacarse entre el grupo. . . . Su papel de Mefistófeles se

dividió entónces entre el de Maquiavelo y el de Seyano, el sombrío favorito de Tiberio. . . . Hizo que *La República*, su órgano directo en la prensa política postulase al general Diaz para presidente. Y luego, como Manuel Gonzalez le dijera: "¿Qué hacemos? Porfirio Diaz viene. Las elecciones de Julio están preparadas en su favor. El Congreso declarará su eleccion en Setiembre". . . . Ramon Fernandez se acercó á él y le dijo algo que le hizo estremecer. . . .

Un día, por el mes de Abril de 1884, el General Diaz acompañado de un grupo de amigos íntimos volvía en tren expreso de Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, á México. Había recibido mensajes anónimos que le advertían de que se había decidido matarle en el camino. Y como se anunciaba que un accidente en el tren de regreso, seria provocado por los agresores para ejecutar ó favorecer tal intento, dispusieron el general Diaz y sus amigos, por vía de precaucion, que una locomotora de exploracion precediese á alguna distancia al tren que les conducía. Desde la salida de Pachuca, púsose el general Diaz de observacion en la

plataforma delantera del primer wagon, provisto de un anteojo que tendia de cuando en cuando para observar á lo léjos el camino. Gracias á esta posicion de vigia, pudo percibir cerca de la vía férrea un bulto que la distancia apenas permitia distinguir como una gran piedra. Bien pronto la locomotora de exploracion llegó al lugar donde la piedra estaba, dejándola tras de sí, y entónces, situada ya esta entre la locomotora y el tren que avanzaba, pudo el General Diaz ver á un hombre que corrió hácia la piedra, empujándola hasta obstruir con ella uno de los rieles de la vía. Detiénesse el tren, advertido el maquinista del peligro cierto á que se precipitaban, y el General Diaz baja del tren, corre en persecucion del hombre que hu-ye, le apunta con su rifle conminándole con hacer fuego si no se detiene, y el hombre amedrentado se deja atrapar.

Ese hombre declaró todo: se trataba de descarrilar el tren, y hombres armados, ocultos cerca del camino, saldrian en el momento crítico á completar á balazos la obra de muerte no perfeccionada por el desastre del tren. Los hombres ocultos huyeron del punto dispuesto para el frustrado crí-

men; pero no pudieron huir de la accion suspicaz de un gobierno que les mandó matar tan misteriosamente que pareció proceder como esos grandes criminales que asesinan en la sombra á sus cómplices por temor de que se conviertan despues en sus delatores.

Pocos dias despues de ese accidente, Ramon Fernandez salió violentamente del país. Parecia huir tambien; pero á ese hombre no se le podia detener apuntándole con un rifle. ¡Iba de ministro plenipotenciario á Paris!

III.

El tesoro se va....

Se tenia aún el Ministerio de Hacienda; pero le faltaba un ministro, porque la renuncia de Fuentes Muñiz le habia dejado acéfalo. Se tenia aún el Tesoro; pero le faltaba dinero, porque los negocios de colonizacion, de la moneda-níquel, del papel de deuda pública, etc., le habian dejado va-

ofo. Por el mes de Mayo de 84, tenía sobre sí la Administración gonzalista una deuda de *veinti-cinco millones* exclusivamente por ella contraída. Así lo había declarado ante el Senado el ex-secretario de Hacienda quien, en un acto de contrición general, había hecho además la confesión de que las rentas federales estaban empeñadas en un *noventa y ocho por ciento!* Un 18 de ese 98, estaba asignado al pago de las subvenciones insolutas de los ferrocarriles, y el 80 restante respondía al pago de un adeudo de ocho millones al Banco Nacional y de obligaciones en favor de especuladores agraciados, tales como Llamedo, el colector de la moneda-níquel y D. García, el de Asturias y de Huehuetoca, á quien correspondía un 5 por ciento en virtud de cierto préstamo al Gobierno verificado, parte en dinero y parte en el fraudulento papel de la Deuda pública. . . . De esta suerte, casi todos los rendimientos de las Aduanas marítimas, fuente principal de las rentas públicas se perdían para el gobierno que, en vez de dinero recibía *certificados*, pedazos de papel representativos del derecho alícuota de cada uno de sus acreedores sobre los productos aduanales.

"¿Qué haremos con el Ministerio acéfalo?—Tomar un hombre de cualquier parte, el más apto para plegar su voluntad á la nuestra, y servir con su complicidad á nuestros designios." Y se tomó para ministro de Hacienda á un D. Miguel de la Peña, militar provisto de una triste hoja de servicios al clericalismo y á la traición, pero recientemente acreditado con el Gobierno por su docilidad en la Administración de la Aduana de Veracruz. . . .
 ¿Qué haremos con el Tesoro vacío?—Llenarlo de cualquier modo ántes que se nos vaya de entre las manos. . . . Y se procedió á verificarlo. Se empezó por dar un golpe de mano sobre las instituciones bancarias, obligando á un banco de sólido crédito (el Mercantil) á fundirse con otro de crédito vacilante; pero de las predilecciones del Gobierno (el Nacional). Luego se derramó sobre ambos bancos fundidos lo que quedaba en el cesto de los monopolios y privilegios, y se les impuso, en cambio un empréstito de *treinta millones de pesos. . . .* Para cubrir la primera série de ese empréstito hizo el nuevo banco al Gobierno exhibiciones de *diez y ocho mil pesos diarios*, y gracias á esa loca jugada que salvaba la situación del momento com-

prometiéndole terriblemente el porvenir pudo llenarse repentinamente el Tesoro vacío.... Y ¡cosa extraña! toda aquella riqueza no sirvió para modificar la situación de insolvencia y de quiebra en que el Gobierno se encontraba. Sueldos de empleados y subvenciones de ferrocarriles siguieron sin pago. ¿A dónde se iba tanto dinero? El nuevo ministro de Hacienda lo sabía, el nuevo tesorero, un tal López de Lara, personaje complementario de D. Miguel de la Peña también lo sabía.... Solo el público no acertaba a descubrir por qué vías misteriosas se perdían los caudales del Erario.... Esa desaparición se hacía instantáneamente en el secreto de una plumada.... Una orden salía del Ministerio de Hacienda para entregar á D. García II \$ 200,000 con cargo á la partida de Fomento pero no se sabía qué obra ó empresa.... En virtud de repetidas órdenes como esa, se vió á D. García II sacar de la Tesorería casi diariamente durante los últimos meses del año 84 la suma de 5,000 á 8,000 pesos que ponía luego en poder de Manuel Gonzalez.... Agradecido éste al corretaje, decía: "¡aquí el papel de la deuda pública!" y se presentaba D. García II con las manos y los

bolsillos llenos de créditos envilecidos hasta por valor de \$ 300,000 y adquiridos por él al 4 y 10 por ciento. Con esa masa de papel y \$ 200,000 en efectivo, aparecía el afortunado corredor prestando \$ 500,000 al Gobierno que daba inmediatamente una orden á la Tesorería por dichos quinientos mil pesos en favor de D. García II.... No tardaba en presentarse D. García I al ruido del zafarrancho. Llegaba con créditos amarillentos y carcomidos no reconocidos ni bonificados por las leyes de la República, tales como ciertas escrituras de préstamos de españoles al Gobierno Virreinal por 50 millones para la guerra de España con Napoleón. No había disposición legal ni aún en la ley recientemente discurrida por Manuel Gonzalez para movilizar con gran lucro el papel estancado, que autorizase á pagar tales créditos comprados á vil precio por D. García I; pero los hombres del poder no querían más que la formulilla de un pedazo de papel manuscrito que sirviese para disimular el asalto contra las arcas públicas, y hacían pagar muchos de tales créditos en favor de D. García, quien cristianamente (justo es decirlo en su honor) dividía con ellos las ganancias. Tantas fueron es-

tas que se creyó conveniente sistemar el negocio, estableciendo casillas en algunas calles principales de la ciudad para comprar el depreciado papel por cuenta de Manuel Gonzalez y Compañía!

No era bastante, porque parecia que el Gobierno, como un mónstruo de innumerables bocas, queria absorber por cada una de ellas la plata, ese principio vital de la nacion. Un proyecto de transformacion de nuestra pobre rada de Veracruz en un gran puerto bien cerrado á los embates del mar, resultó por de pronto no ser más que un negocio para que Manuel Gonzalez y Ramon Fernandez tuviesen 700,000 pesos de los diez millones presupuestados para tal obra.... Y viendo que las rentas de la Aduana de Veracruz eran riqueza inexplorable para ellos, porque estaban empeñadas para el pago de empréstitos y subvenciones, ¿qué hacen esos dos hombres, en union de otros? Se entienden con muchos comerciantes, de los principales importadores de México, para que introduzcan sus efectos, como consignados al Gobierno. Y como en esa calidad, los efectos, segun ley, no pagarian á la Aduana más que la mitad de sus derechos, conciertan con los comerciantes una compensacion

secreta por esa rebaja. A cerca de *un millon* de pesos se hacia ascender la suma de los derechos pagados así por la mitad del impuesto aduanal cuya otra mitad ó parte de ella se perdia en los bolsillos insondables de tantos gobernantes mercaderes.

Por fin, llegados al período agudo de aquella especie de fiebre argentívora, Manuel Gonzales y sus sayones en la tarea de atormentacion de la riqueza pública, deciden echar en suerte el manto desgarrado de la patria. Estaba consumado el negocio Banco, consumado tambien el negocio Níquel. Faltaba el tercero de los que señalamos al fin del primer volumen de esta Historia. Se iba á traficar con la porcion de nuestra deuda exterior llamada *deuda inglesa*. Era ella el último golpe, golpe de cachetero que perfecciona el tormento por la muerte. México agonizante iba á morir con la muerte moral de una miseria y de una ruina irremediabiles. Solo un esfuerzo heróico podia salvarle....